

Pichín



MERCADO CENTRAL

El Tomate Parlanchín

Es 'tempo' de navidad, los mercados se preparan para el gran acontecimiento. La agrupación de comerciantes quiere atender al frenético trasiego de la sociedad de consumo. Un inmenso y adornado abeto se alza erguido, sus finas ramas casi arañan la cúpula de la colorista vidriera. Al pie un bonito belén con figuras casi de tamaño natural, le confiere un carisma navideño gozoso y llamativo.

En un extremo de aquella amplia superficie, estábamos amontonados tomates, pepinos, pimientos, berenjenas y un sin fin de verdura, todo en espectacular pirámide a cuya cumbre había conseguido trepar e instalarme. Desde este lugar de privilegio, divisaba gran parte del recinto, me gustaba ver al numeroso público en su afán por acaparar manjares para las fiestas.

Me fijé que un niño de unos dos años, cogido de la falda de su madre, daba estirones al vestido exigiendo atención. Su madre, enmarañada con la dependencia tan solo le decía:

- ¡Estate quieto! No te muevas de mi lado.

De pronto se suelta, con paso vacilante se adentra en el gentío. En un primer momento permanece estático y mira a ambos lados buscando a su madre. No la ve. Avanza por el enjambre de piernas que le rodean y se deja llevar. Su cara amenaza con proferir un sonoro llanto. Un colosal universo de luces frente a él lo neutraliza. En ese momento, para su infantil entendimiento y gran fantasía, solo existe el abeto lleno de colores y parpadeantes luminarias.



Hace tan solo unos minutos se encontraba a las faldas de su madre. Ahora el gentío pasa por su lado y su mayor cuidado es no tropezar con el pequeño. Los más con prisa, no reparan en si está acompañado. Otros, caminan con su lista de encargos, inmersos en sus preocupaciones, ausentes de su entorno. Este desinterés de las personas propicia que el niño pueda seguir avanzando sin que nadie lo detenga y recorre los metros necesarios hasta llegar junto al enorme árbol.

Isabel, profiere un grito de espanto.

- ¿Dónde está mi hijo?

De inmediato toda la planta se moviliza en busca del pequeño, los altavoces interrumpen los villancicos para anunciar la desaparición de un niño y facilitar su descripción, mientras, los guardias de seguridad tratan de poner orden. Isabel, gimiendo y cargada de envoltorios, corre por las calles que forman los puestos de venta, se le unen en la búsqueda otras mujeres y hombres que circulan apresurados en varias direcciones apoyando la causa.

- ¡Se perdió un niño! - exclaman.

La madre alcanza el gran abeto donde una cantidad considerable de clientes se agrupan sonriendo divertidos. Respira, casi a punto de desmayarse, la gente le abraza, le sujetan los paquetes y salta la roja cinta que preserva al Belén, sube a la plataforma con las brazos extendidos y llorando.

El chico se encuentra a sus anchas acostado junto al Niño Jesús, removiendo la pequeña manta y la paja del lecho. Ha encontrado un amiguito y quiere dormir con él, los guardas jurados y su madre convienen a la criatura para que baje, lo hace pero antes coloca el paño que cubría al Jesús de Belén por encima de este y le balbucea con lengua de trapo, ¡Ata maana!

De nuevo suenan con fuerza los villancicos, alegres y festivos.

¡Ah!, mi creador, Francisco Ponce y Pichín, un servidor de ustedes, les desean unas felices fiestas y venturoso año nuevo.

